

CAPÍTULO UNO

Los hechos que se narran en este libro comienzan una noche fresca y tranquila de febrero cuando, en el puerto de Livorno, como recortadas sobre un cielo absolutamente claro, se adivinaban nítidamente las constelaciones que Iorgos Nikolaidis había conocido de pequeño, de la mano de su padre, junto a la borda del *Dimitra*, un pingue de pequeñas dimensiones con el que el viejo Athanasios Nikolaidis comerciaba por el Mediterráneo oriental. Podría decirse que Iorgos Nikolaidis había nacido en un buque, aunque en realidad había llegado al mundo en la isla de Cefalonia, en la entrada misma del golfo de Patres, junto a los azules verdosos de un mar Jónico que él había contemplado desde su casa paterna, situada en el mismo puerto de Argostolion, la capital, y que conoció a fondo cuando se embarcó en el *Dimitra*, a las órdenes de su padre, de cuya nave era capitán. En realidad fue a bordo de ese buque cuando Iorgos Nikolaidis penetró en los secretos de la vida del mar, y fue también sobre su borda donde descubrió que el mundo pertenecía a los intrépidos, a aquellos que eran capaces de vencer las dificultades y sabían arriesgar.

Cuando Iorgos nació, en el invierno de 1727, Cefalonia se encontraba bajo el protectorado de Venecia que, desde finales del siglo xv, la había integrado en el ducado de Corfú. Navegando bajo el pabellón del dux recorrió el Mediterráneo oriental con el único objeto de comerciar. Primero lo hizo a las órdenes de su padre y luego al frente de su propia embarcación. Cuando apenas contaba veinte años, Iorgos Nikolaidis no solo atravesaba el mar Jónico, sino que a menudo penetraba en el mar Tirreno, desde donde, tras bordear la costa italiana, arribaba a Livorno, la capital de la Toscana, que en aquel tiempo vivía también bajo el protectorado de Venecia.

Iorgos tenía unos veinte años cuando, precisamente en Livorno, conoció a una joven de tez morena y de mirada tierna, hija de un acaudalado comerciante de granos. Y él, que hacía su primer viaje al frente de su propia nave, se acercó a ella con tanta soltura que la joven italiana quedó de inmediato cautivada por el fuerte atractivo del novel capitán. Laura, que así se llamaba la joven, era hija de Nicola Graciano, un hombre de origen griego que comerciaba con los Nikolaidis, que no vio con malos ojos la posibilidad de un matrimonio que, siguiendo las tradiciones familiares, debía celebrarse según el rito ortodoxo. El joven Iorgos no era, ciertamente, un hombre rico, pero Graciano no tardó en ver en aquellos ojos transparentes que brillaban bajo los rizos de un pelo rubio muy agitado, el fondo de un alma inmensa, y solo con una mirada supo que dar su hija en matrimonio al joven Nikolaidis no resultaría una mala inversión.

Nicola Graciano era pequeño y algo paticorto, de cara redonda y facciones muy vivas. Tenía los labios prominentes y unos ojos que brillaban al hablar. Vestía con elegancia y gustaba de llevar en el bolsillo de su chaleco unos quevedos que usaba cuando trabajaba en la mesa de su gabinete, situado en el primer piso de uno de los almacenes que poseía en los muelles de Livorno. Cuando un cliente quería encontrar a Graciano, debía subir por una escalera de madera que estaba protegida por un pasamano fino y reluciente. Una vez arriba, el cliente se encontraba en una sala espaciosa con suelo de madera cuyo techo mostraba unas anchas vigas que el tiempo había envejecido. Allí, Graciano y sus proveedores resolvían los asuntos comerciales.

Laura era la hija menor de Nicola Graciano y de su esposa, Giovanna Stradella. Hija tardía y no esperada, se había criado en Livorno junto al regazo de su madre y de una vieja ama que la quería locamente. Laura tenía una hermana, Rosa, casada con un comerciante florentino, y también dos hermanos, Pietro y Nicola, quienes habían accedido ya a la categoría de socios de su padre en el negocio familiar, del que el viejo Graciano continuaba siendo todavía el principal accionista y su director comercial.

La *signora* Giovanna nunca vio con buenos ojos la decisión de dar su hija en matrimonio a aquel joven capitán griego, que se la llevaría Dios sabe dónde y la privaría de lo que, aún sin llegar a formular su deseo expresamente, consideraba un consuelo para su vejez. En realidad, la *signora* Giovanna, que jamás había puesto un pie en los almacenes de su marido, había previsto para su Laura un matrimonio de conveniencia con el hijo del doctor Spadano, un joven que tocaba el violín y estudiaba medicina en Milán. Pero aquel joven pálido no ligaba con el temperamento sanguíneo del viejo Graciano, quien deseaba algo más consistente para una hija como Laura, que consideraba demasiado consentida por su madre, y en la que sin embargo sabía reconocer la fuerza y la astucia de su propio carácter. Graciano había compartido la vida entera con su esposa, pero jamás la había comprendido ni, menos aún, escuchado. Le desagradaba profundamente su desinterés por los negocios de la familia, y odiaba su desmesurada afición por todo aquel mundo fútil y, según él, intrascendente que tanto agradaba a su mujer. Por otro lado, la dote que debería aportar la joven al matrimonio, de casarse con Nikolaidis, sería razonable: ni muy pequeña ni demasiado grande. Tal dispendio no le perturbaría de manera excesiva y sería suficiente para que el joven marino afrontara una decisión que resultaría trascendental para el resto de su vida.

Graciano supo inmediatamente que el encuentro con Iorgos Nikolaidis había despertado en el cuerpo y en el espíritu de Laura, un sentimiento que él jamás había sabido despertar en el corazón de la mujer con la que había compartido los años. Y lo descubría en el color de la cara, en la fuerza incontenible de una mirada que los ojos negros de la joven Lauretta no podían disimular. También lo observaba en las reacciones de Nikolaidis, en el movimiento de sus manos fuertes y musculosas, cuando estrechaban dulcemente, como si no quisiera hacerles daño, las manos finas que Lauretta escondía en unos blancos mitones, que dejaban ver las uñas muy finas al cabo de unos dedos perfectamente formados. Graciano contemplaba eso con envidia. Nunca su mujer le había ofrecido una mirada tan clara, tan expresiva de un sentimiento y de una pasión que él había

añorado siempre. De ahí que no hiciera el menor caso a las objeciones que puso la *signora* Giovanna cuando él le comentó que el joven Nikolaidis había solicitado la mano de Lauretta, una mano que, como padre responsable del futuro de aquella hija, estaba dispuesto a conceder.

Nicola Graciano aceptó, pues, recibir a Iorgos Nikolaidis en su propia casa para hablar del futuro, ya que la posición social de la familia no le permitía entregar una hija a un hombre que no tuviera un proyecto de vida razonable, sólido y claro.

—Observa —le dijo sentado a la mesa— cómo el mundo está cambiando. Y como el Mediterráneo de hoy, ese Mediterráneo en el que tu padre y yo cerramos nuestros negocios, nada tiene en común con el de hace tan solo dos décadas, con el mar que él ha surcado durante años. —Graciano miró entonces al joven Nikolaidis con decisión. Era un hombre menudo y despierto, que hablaba en un tono convincente y apasionado, desgranando nítidamente las palabras.— Tú mismo —añadió— navegas ya en un bajel mayor que el de tu padre, pero pronto te darás cuenta de que sus dimensiones son todavía demasiado pequeñas, y que con él difícilmente podrás afrontar los retos que exige el comercio actual. Echa si no un vistazo al Mediterráneo y verás cómo, fuera de las aguas jurisdiccionales del Imperio Otomano, ya está surgiendo una flota comercial griega que lo cruza de cabo a rabo como nunca lo había hecho nadie. Sin ir más lejos, a Livorno arriban bajeles de hasta doscientas toneladas que pueden competir sin lugar a dudas con las flotas comerciales de las grandes potencias de hoy: con las naves venecianas, naturalmente, pero también con las holandesas y, sobre todo, con las francesas e inglesas, que son las que, de una manera más o menos velada, se disputan la hegemonía de este mar.

—¡Sí, en efecto! —respondió sin dudar Iorgos Nikolaidis—. Pero el comercio que durante estos años hemos llevado a cabo, si bien nos ha permitido una vida razonablemente cómoda dentro de una cierta modestia, no ha bastado para poder ampliar nuestra flota hasta el punto que vos, señor, parecéis reclamar. Mi padre, lo sabéis vos muy bien, ha navegado toda su vida en el *Dimitra*, un pingue de pequeños vuelos con el que ha hecho

posible que yo y mis hermanos, Andreas y Iannis, naveguemos ya en unos jabeques de hasta cincuenta toneladas, que son en realidad unas naves pensadas para la navegación de cabotaje, pero que también nos permiten hacer viajes más largos. Lo que ha contribuido a mejorar nuestra posición.

Iorgos contemplaba a quien posiblemente sería su suegro con gran admiración. Veía en él a un hombre que había sabido situarse en el mundo del comercio y debía escuchar, desde luego, lo que le estaba explicando de su oficio.

—Hace poco —continuó diciendo Graciano— recibí una carta de un viejo amigo que se ha esforzado enormemente para fundar una colonia griega en Mahón, una ciudad que se encuentra en una pequeña isla, Menorca, situada en ese lado del Mediterráneo. —Y puntualizó seguidamente con palabras el gesto que acababa de hacer con la mano:— Cuando digo a ese lado quiero decir, naturalmente, en la parte occidental, a unas ciento treinta millas de las costas de España. Pues bien, este amigo mío es griego como tú, pero del mar Egeo. Nació en la isla de Patmos, en el Dodecaneso, se llama Hadji Manolis y desde joven se ha dedicado al comercio de cereales. Hace unos años, un golpe de mala fortuna le empobreció. Fue a causa de unas operaciones comerciales que fracasaron de manera estrepitosa, y culminaron en un desgraciado accidente que hizo zozobrar a dos de sus naves en una travesía entre Creta y Tarento. Como consecuencia de ello, Manolis quedó sin nada y fue entonces cuando decidió abandonar Patmos para buscar fortuna en el norte de África, en Túnez concretamente.

Lauretta escuchaba a su padre embelesada cuando su madre ordenó a la sirvienta que comenzara a servir el almuerzo.

—¡Ea!, Laura, ayúdame con los platos —dijo la *signora* Giovanna—, pues estos diálogos entre hombres a nosotras no nos interesan.

—¡Cómo que no os interesan! —la contradijo indignado Nicola Graciano—. Mil veces te lo he repetido, Giovanna: eso es un error, un grave error. —Después se paró un momento y prosiguió con una voz clara:— Yo no digo que las mujeres debáis ponerlos al frente de los negocios, ni pienso tampoco que debáis compartir con nosotros el trabajo comercial de cada

día, pero considero un error ese distanciamiento absoluto que algunas de vosotras queréis mantener respecto de lo que en realidad nos alimenta, de lo que nos ubica en este mundo, de lo que, por dondequiera que lo miremos, resulta decisivo para determinar nuestras vidas y nuestra posición social.

—No pretendía molestarte, Nicola —dijo la *signora* Giovanna excusándose.

Ni tampoco yo a ti, pero deja al menos que tu hija escuche lo que quiero proponer a quien pretende ser su marido, porque también ella deberá aceptar el camino que le propongo, si es que ambos finalmente deciden seguirlo.

—¡Pues que escuche! —dijo entonces molesta—. Pero que al menos nos ayude a retirar los platos.

—Sí, madre —terció Laura con una voz dulce—. Os ayudo inmediatamente y os ruego que me perdonéis.

—Volvamos a la cuestión —dijo entonces Graciano—. Te contaba, hijo mío... ¿Me permites que te llame hijo, no? Te contaba...

—¡Sí, naturalmente! Me contabais que un tal Manolis...

—¡Ah, sí, en efecto! Que Hadji Manolis se había establecido en Túnez donde, hábil como pocos para todo tipo de negocios, muy pronto consiguió la protección del bey. Allí abrió una sede en Bona y otra en Argel, y muy pronto concibió el proyecto de fundar una colonia griega en Mahón. —Mientras Graciano hablaba, la *signora* Giovanna gesticulaba discretamente con los ojos para hacer notar a Laura que debía llenar las copas de su padre y de Iorgos, quien escuchaba a su futuro suegro con indisimulada fascinación.— Y tú me dirás que por qué en Mahón. Pues porque la isla de Menorca está bajo dominio británico desde hace unos años, y el gobierno inglés, en su pugna con los franceses para obtener la hegemonía mediterránea, ha concedido privilegios y exenciones a quienes se instalen voluntariamente allí. Y yo te aseguro, hijo mío, que esa es una oportunidad única para un marino, para un hombre de negocios como tú, joven y ambicioso. Por poca traza que te des, comerciar y navegar bajo protección británica ha de resultar una fuente inagotable de dinero. Te lo puedo asegurar.

—¿Y tenéis noticias de la colonia?

—Sí, las tengo. Hadji Manolis acaba de remitirme una carta en la que me dice que la colonia está plenamente establecida desde hace aproximadamente un año. Y que de momento son una docena las familias que la componen, procedentes en su mayoría de Patmos y de Corfú. Y me cuenta también que todos han sido magníficamente acogidos por las autoridades británicas que se deshacen en beneficios y concesiones. Él cree que muy pronto la colonia será numerosa, y me asegura que incluso se ha conseguido ya la autorización para construir una iglesia de rito ortodoxo en aquella ciudad. ¡Imagínate qué maravilla, Nikolaidis: libertad de comercio, protección de la armada británica y todo ello sin impuestos que pagar! ¿Acaso puede anhelar algo mejor un hombre de negocios que sea joven, despierto y tenaz?

Y aquella misma noche, Iorgos Nikolaidis supo que su futuro estaba escrito en las estrellas. Se casaría con Lauretta Graciano, aceptaría la dote de su suegro, obtendría el permiso de su anciano padre y cruzaría el Mediterráneo hasta llegar a Mahón.

se turbó nuevamente y pensó que aquello que hacía era una locura, una acción innoble que Jordi no le perdonaría jamás. Pero no era tan solo la curiosidad lo que la empujaba a actuar, era más bien la herida provocada por la duda, por aquella inseguridad que no la dejaría vivir en paz si no descubría la verdad, aun cuando conocer la verdad pudiera agravar su dolor o, lo que era aún más terrible, pudiera solidificar este dolor en el fondo de su corazón. Caterina era consciente de ello, y también del camino sin salida que había iniciado al entrar en aquel establecimiento, aunque hasta el último instante abrigó la esperanza de que todo aquello fuera simplemente un error. Decididamente apretó su pulgar sobre el pestillo de latón y empujó la puerta. Y allí, sobre el canapé *Sheraton* que estaba apoyado en la pared, vio como Jordi, desnudo de medio cuerpo, estaba poseyendo a una mujer que, absolutamente desnuda, apretaba las piernas sobre su espalda curvada mientras gemía de placer. Ver aquella imagen terrible y nunca imaginada, provocó a Caterina una sensación de derrumbe total. ¡No! No era posible que fuera cierto aquello que veía con sus propios ojos, y quizá por ello los volvió, empañados y llorosos, hacia otro lado de aquella habitación. Pero no fue más placentero para ella tener que contemplar sobre una de aquellas butacas que hacían juego con el canapé, el vestido, las enaguas, el sombrero, los guantes y la sombrilla de Clara Costabella, la esposa de su hermano Jaume Font, aquel que había sido el heredero de su padre y que, como él, era rancio y meapilas, partidario de la monarquía absoluta y decididamente servil.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Caterina no pudo soportar la ruptura del equilibrio vital que aquellas imágenes le provocaron. Fue como si se hubiera derrumbado todo el sistema armónico de vida que ella había asumido como su medio natural. De ahí que nunca comprendiera los reproches que le hizo su cuñada Elena de no haber comprendido a su marido, ni menos aún aceptara la caterva de justificaciones que Jordi, en unos diálogos posteriores, le intentó razonar. ¡No! Nada de eso podía aceptar ni entender, porque en su ideal estético no cabía el engaño ni la mentira, ni tampoco aquel torrente de explicaciones que, no solo eran falsas, sino que, peor aún, herían al sentido común. A Caterina le había desaparecido de un plumazo todo lo que le daba seguridad y se encontraba perdida e indefensa, sin una tierra sólida que la pudiera sostener. De ahí que abriera los ojos aterrorizada ante el alud de argumentos incomprensibles que Jordi desgranaba en aquel duelo de palabras al que, entre frases llenas de resentimiento y de veladas amenazas, él la sometió, incapaz de reconocer y de aceptar la incontestable realidad de los hechos. De repente Caterina se había dado cuenta de que nada había entendido hasta entonces. Que su papel de mujer alegre y confiada pertenecía a otro universo, a un mundo irreal que nada tenía que ver con aquel mundo cruel y mezquino, de acciones y reacciones, de amenazas y de contra amenazas, de ataques y de venganzas, que situaba en el punto supremo de la existencia el dinero y el poder, únicos objetivos por los que merecía la pena vivir, luchar y, si era necesario, incluso morir. ¡No! Decididamente ella no había entendido nada. Tan solo que, desde hacía diez años, vivía con un hombre que no conocía, y que no se correspondía ciertamente con la imagen

ideal que de él se había forjado. Aquel hombre no había construido la casa de la calle de Anuncivay, ni había contratado a Giuseppe Tabucchi porque amara la arquitectura o comprendiera el valor supremo del arte. Tampoco le había regalado aquel bello pianoforte que había encargado construir a Otter y Kyburz porque pensara que la música era una elevada expresión de la belleza. ¡No! Detrás de todas aquellas acciones generosas se escondía un interés miserable, pues era evidente que Jordi no había engendrado un hijo con la ilusión de crear una nueva vida. ¡No! Jordi había engendrado un nuevo ser con la esperanza de perpetuarse él mismo, con la ilusión de que este fuera capaz de fortalecer y aumentar si cabe la posición que él había alcanzado, sin pensar en ningún momento que ese hijo, hombre o mujer, estaba destinado a ser una persona independiente de su padre y de su madre, un ser llamado a construir su propio futuro libremente y responsablemente. ¡No! Todo había sido un montaje ideado y construido a gloria y honor del único dios que Jordi conocía y adoraba, los Nikolaidis, en cuyo altar todo merecía ser sacrificado: el amor, la libertad, los ideales e incluso la vida.

Caterina, pues, a punto de cumplir treinta y dos años, no podía sostenerse en pie y experimentaba un *horror vacui* que nunca había conocido hasta entonces. ¡No! Ella no podía seguir ni un momento más al lado de aquel monstruo que había amado y que nunca había llegado a conocer. Y decidió marchar con la pequeña Bruna a un lugar donde pudiera vivir en paz y armonía con ella misma, y también con su universo vital. Pidió a Jordi Nikolaidis que la dejara partir a Ferrerías, para instalarse en Son Fraulí. Jordi no se opuso a ello y dejó que Caterina, Bruna y la vieja Nora Vitelli se trasladaran a vivir a aquella finca que Iorgos Nikolaidis había adquirido y transformado hacía ya más de cuarenta años. Allí, la casa era espaciosa, el campo le ofrecía un entorno de libertad y los aparceros le ayudarían a solventar los problemas materiales. Son Fraulí estaba a media hora escasa de la villa por un camino lleno de curvas, bordeado de encinas y de pinos. Podría, pues, bajar a la villa cuando le apeteciera con algún carruaje, y subir nuevamente a aquella colina donde la gran cúpula del

cielo no tenía otros límites que un horizonte lejano. Allí viviría, sin duda, en plena armonía con el cielo, rodeada de ocres tostados en verano, de marrones oscuros durante el otoño, de verdes opacos en los meses de invierno, y de colores amarillos, verde-claros y rojos cada primavera.

Jordi Nikolaidis se sentía burlado por Caterina, pero no se atrevió a contradecir su decisión. Tampoco quería provocar un escándalo, pues no le habría favorecido en sus pretensiones económicas y políticas, que se inflamaron aún más cuando se encontró solo en aquella inmensa casa de la calle de Anunciavay, sin otra compañía que la de una hermana, Elena, vieja e inválida, que nunca le perdonó su incapacidad para imponerse a una mujer «ligera y estúpida, incapaz de ocupar el lugar que le correspondía en esta sociedad».

«Problemas de salud» fue la consigna aceptada. «Problemas de salud que recomendaban los aires del campo», fue la explicación que trascendió a la gente. Unos meses más tarde, Jordi Nikolaidis hizo enviar a Son Fraulí el pianoforte de su esposa, y en torno a la Navidad de 1812, después de la muerte de Elena, a cuyo entierro Caterina no asistió —«la consulesa no se ha recuperado aún»—, le envió una nota desesperada en la que le rogaba la reconciliación. Ella accedió a la petición formulada y aceptó volver a vivir nuevamente en aquella casa que juntos habían construido, pero a condición de que nunca más volviera a poseerla. Vivirían, pues, hipócritamente una vida conyugal gozosa y alegre que a él le permitiera mantener la respetabilidad. Ella aceptaría representar el papel para el que Nikolaidis la había escogido, el de la mujer que, por su abolengo, le había permitido acceder a unos círculos sociales que le estaban vedados con anterioridad. Ella, pues, sería nuevamente la consulesa de Rusia y de Grecia en Mahón, pero nunca le daría el heredero que tanto anhelaba. Jordi Nikolaidis tendría, pues, una sola hija legítima, que cerraría con ella la saga de los Nikolaidis, una hija que no le permitiría perpetuar su nombre.

Jordi se sentía traicionado y abatido. Era para él impensable que una mujer como Caterina, la hija de un hombre santurrón y servil, le hubiese podido doblegar hasta ese punto. Pero tenía

que aceptar su propuesta porque no podía echar por la borda todo lo que, con tanto ahínco, había logrado alcanzar; y menos aún podía hacerlo en aquellos precisos momentos cuando las fuerzas liberales de Mahón le habían reconocido como líder; como el hombre más importante de cuantos se habían sentido solidarios con aquel grupo de españoles amantes del progreso que habían sido capaces de derribar al antiguo régimen y que, no solo se oponían a una nueva ocupación extranjera de España, sino que apostaban también por una solución política que no pasara necesariamente por la figura de Fernando VII. Jordi Nikolaidis era, pues, en Mahón, el símbolo de los hombres que comulgaban con los que habían sabido elaborar en este país una constitución, la de Cádiz, que suponía la proclamación de un nuevo modelo político que comportaba el fin del absolutismo, que bebía de los principios derivados del liberalismo y de la Ilustración, que proclamaba la soberanía nacional y la libertad individual, y que regulaba a la vez un sistema representativo. Nadie, pues, más indicado que el cónsul Nikolaidis para encarnar los valores supremos que ponían punto final a un agotado siglo XVIII, y lo hacían ya bien entrado el siglo XIX, este siglo de esperanza para la libertad.

Nikolaidis cumpliría muy pronto cuarenta años. Era un hombre con experiencia que se encontraba en un gran momento personal, social y político, y era también un hombre poderoso y acaudalado. Pero era sobre todo un caballero protegido por la Fortuna que le había dado una esposa dulce y cultivada, una esposa que —como todos sabían— amaba la música y cultivaba las artes. Pues «doña Caterina es el soporte indispensable de un hombre como vos, Nikolaidis —así al menos lo aseguraba el nuevo alcalde constitucional en un emotivo homenaje en el que los liberales celebraban su victoria sobre los serviles—, la persona que es y ha sido siempre vuestro brazo derecho. Pues nunca debéis olvidar, Nikolaidis, que detrás de un gran hombre, siempre se esconde una gran mujer».

Aquella tarde, después del acto solemne que se había celebrado en el mismo salón de plenos del Ayuntamiento, el cónsul se puso su chistera, símbolo estético de los nuevos tiempos que corrían, y bajó caminando hasta el puerto. Niko-

laidis paseaba solo, pues las aduladoras palabras del alcalde le habían revuelto el estómago y necesitaba desfogarse de alguna manera si no quería echar fuego por la boca. Cuando llegó al muelle, se acercó a uno de los almacenes que había hecho derribar para unirlo a otro colindante que había adquirido hacía poco tiempo, y allí se encontró con el maestro Vinent, que dirigía las obras.

«Enhorabuena, señor cónsul», dijo. Pero él apenas le pudo dar las gracias. Nikolaidis necesitaba gritar. O saltar. O dar un puñetazo sobre una mesa. Pero sabía que no podía hacerlo delante de aquellos obreros desgraciados y pobres que, por cuatro monedas, trabajaban de sol a sol. Estos se descubrieron al ver que el cónsul entraba y les miraba displicentemente. Pero él no tenía ganas de responder a su gesto ni, menos aún, de iniciar una conversación. De repente vio a un hombrequito ya mayor que, con una gorra de lana en la cabeza, removía en una amasadera la cal y los guijarros con que se hacía el mortero. Nikolaidis se acercó a él y le miró con desdén. «¿Acaso no os han enseñado que, al entrar el amo, debéis quitaros la gorra?» Aquel hombre, avergonzado y sorprendido, dejó el azadón en la amasadera y, con una mano callosa por el trabajo de muchos años, se descubrió esperando, humillado y con la cabeza gacha, a que el cónsul saliera al exterior.

Una vez en el muelle, Nikolaidis contempló con indiferencia el espejo apagado de aquel puerto que tanto amaba. Pero él no vislumbraba la belleza de las aguas, pues le punzaban dolorosamente la cabeza aquellos elogios que, hacía tan solo unas horas, le habían aclamado como el más sólido defensor del progreso y de la libertad. Mientras eso pensaba solitario, ante los buques amarrados junto a aquellos almacenes que testimoniaban a gritos el poder económico de Jordi Nikolaidis, el cónsul se cuestionaba por qué un hombre como él tenía que pasar por aquel infierno. Y cuando se preguntaba eso bajo la luz vaga del crepúsculo, de repente le embistió un niño que, jugando, corría distraído tras un aro de hierro. Sorprendido y molesto, Nikolaidis le agarró por los brazos gritándole con rabia:

—¿¡Es que no tienes ojos en la cara!?

—Perdonadme, señor —dijo asustado el chiquillo.

Pero Nikolaidis no le respondió. El cónsul hervía de cólera y gustosamente lo habría lanzado contra un muro. Pero no lo hizo. Muy al contrario, al ver a aquel chico tan de cerca, quedó como inmóvil y se sintió incapaz de ordenar a sus brazos cualquier movimiento. ¡Qué bello era! ¡Qué bello era aquel chico de cara sonrosada y de ojos azules, con aquellos rizos salvajes que enroscaban unos cabellos largos y dorados!

—¿Cómo te llamas? —preguntó finalmente Nikolaidis.

—Gabriel —respondió—. Me llamo Gabriel.

—¿Y cuántos años tienes, Gabriel? —preguntó inmediatamente en un tono de voz cada vez más humano.

—Once, señor. Muy pronto cumpliré doce.

Nikolaidis aflojó luego la presión que sus manos ejercían sobre los brazos indefensos del chiquillo y notó que le invadía una sensación de ternura. Luego, con un gesto instintivo, pasó dulcemente su mano derecha por entre los cabellos del niño que, ya más tranquilo, esbozó una discreta sonrisa.

—¿Y qué quieres ser de mayor?

—Marino. Marino como mi padre.

—Marino como tu padre —repitió Nikolaidis—. ¡Eso es fantástico, Gabriel!

El aire que acababa de tomar la extraña conversación que ambos sostenían bajo la escasa luz del crepúsculo era ya totalmente distendido.

—¿Y en qué buque navega tu padre, Gabriel?

—En el *Caterina del Mar* —le respondió con orgullo—. Es uno de los mejores buques del gran Nikolaidis. Quizá le conocéis.

—¿Del gran Nikolaidis, dices?

—Sí, señor, del gran Nikolaidis. Y mi padre es el contramaestre. Y me ha prometido llevarme de grumete con él.

—¡Vaya suerte la de tu padre, Gabriel! Poder navegar un día contigo. ¡Y en el *Caterina del Mar*! Uno de los mejores buques del gran Nikolaidis.

—También lo dice mi padre, señor. Es un hombre de suerte. Y no sabéis como deseo poder embarcarme en él.

Transformado por aquel insólito encuentro, Nikolaidis se agachó lentamente y levantó el aro de hierro que estaba caído a sus pies.

—Tómalo, Gabriel, y vuelve enseguida a casa.

—Gracias, señor. —Y, a la carrera, se alejó por el muelle.

—¡Gabriel, Gabriel! —gritó luego Nikolaidis. Y el niño, quince o veinte pasos más allá, se paró en seco.

—Sí..., señor... —dijo girándose.

—Nada, Gabriel, nada. ¡Ea, vete a casa! Vete corriendo.

Entonces Gabriel entró en la oscuridad de la noche y Nikolaidis se sentó pesadamente en un noray junto al agua. Los minutos fluyeron luego en silencio y, bajo la bóveda inmensa del cielo, la mirada del cónsul fue tornándose inexpresiva hasta apagarse completamente. No era ya el afán de adquirir nuevos buques lo que le acongojaba. Ni era tampoco el deseo de construir almacenes más grandes lo que le nublabla la vista y le sometía a un grave estado de turbación. Era el trastorno de sentir el sello indeleble que habían dejado en su mano derecha aquellos rizos salvajes. Metáfora amarga de un sueño imposible, frustrada añoranza de un paraíso que Jordi Nikolaidis nunca podría alcanzar.

Título original catalán: *Els Nikolaidis*.
Primera edición en catalán: enero de 2006, Edicions Proa.
Traducción al castellano del propio autor.

© Josep M. Quintana Petrus, 2016
Autor representado por Asterisc Agents, SL
© de esta edición: Milenio Publicaciones, 2017
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: enero de 2017
ISBN: 978-84-9743-762-2
DL L 43-2017
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.